

**Un caso de conciencia**

Por más que uno lleve intención y voluntad de hacer en ciertos casos la vista gorda, cabe reconocer que la cuestión del tráfico por las calles de la ciudad seguirá por mucho tiempo llevándonos de cabeza, motivo por el cual no es posible concederle el menor disimulo, aunque no sea más que con la saludable intención de interinamente encauzarlo lo que mejor se pueda.

La desviación del tráfico comercial por la parte alta de la ciudad, especialmente el que con entrada por la carretera de Gerona se dirige al puerto o a la zona industrial que atraviesa la riera de Tueda, es a todas luces absolutamente necesaria.

Pero mientras no llega el momento de emprender tan necesaria mejora, sí que por lo menos podemos evitar que los camiones, tipo mastodonte, circulen por las vías más céntricas y angostas de la ciudad, creando a cada paso un peligro y un problema.

Verbigracia el mastodonte que casi a diario emprende desde la Rambla Vidal su camino por la calle de Verdaguer para a su regreso descender tranquilamente por la calle de la Ruffla. Salta a la vista que ninguna de estas dos calles, ni la propia Rambla, son caminos a propósito para tales energúmenos.

Queda, pues, el hecho denunciado, por sí, como es de esperar, existe voluntad de corregirlo.

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
28 OCTUB. 1954

Año VII

Año 356

# Amorosa

Corre de las  
**LETRAS**

## «LA GOTA DE MERCURIO»

de Alejandro Núñez Alonso

«La gota de mercurio», finalista del último «Nadal», es una obra sorprendente y de una gran fuerza y calidad literaria. No entra en el grupo, quizá, de las obras de lectura agradable; no es, en esencia, constructiva, pero tampoco podemos aplicarle el adjetivo contrario. No da soluciones ni las niega. Trata de acercarse con mano amiga a lo incomprensible, con mano abierta. Y esa actitud es digna y es humana.

La obra de Núñez Alonso podríamos definirla como una novela biográfica o como una biografía novelada. En ella, no se circunscribe a un mero relato de los avatares de una vida y a su posible interpretación; por el contrario, dispara su imaginación, para reconstruir una vida, basándose únicamente en doce horas, admitidas, por el autor, ciertas y sabidas, minuto a minuto, de su personaje. Las doce horas que se concedió de margen el pintor Pablo Cosío, cuando cristalizó su decisión de suicidarse.

Suicidio, locura... He ahí el tema de la novela! El autor se abstiene por igual de absolver o de acusar; trata, sencillamente, de describirnos la mente claro-confusa de un auto-reo, en sus doce horas de capilla. Y lo consigue bellamente, sin rozar siquiera lo posiblemente repulsivo, repulsivo en un mundo de cánones ya establecidos y aceptados. Humano, humanísimo, con meridiana caridad ahonda en cerebro y corazón del pintor, enfermo de impotencias de creación, en el puro pináculo de la fama, de miedo de repetirse, de temor a todo relativismo; a cualquier media tinta; agotado de acusarse a sí mismo, siempre publicano, jamás fariseo de su propia doctrina: Pablo acusa sus fracasos, su estéril busca de Dios, creyendo en El, pero en un creer sin fe, en locas ansias de hallarle. Su arte le exige renunciadas; su arte, su egoísmo. Temió que el amor le absorbiera, porque su creencia del amor, como la de Dios, le fué dada sin fe; y ese su temor sólo le permitió entregarse a medias. Entregarse a medias a Sonia, que se le dió por entero, a Sonia Eriksson, el único amor de su vida, sacrificada en aras de su cobardía o de su desmesurado egoísmo. Separado de Sonia, no pudo, no supo vivir sin ella. «transformándola en lo más monstruoso en que pueda ser mutada una vida humana: en sueño».

Pablo se acusa en demasía por su sen-

tido gigante de auto-crítica, más que gigante, desorbitado. Y esa es la razón, que él mismo intuye, que le empuja al suicidio. La causa no es Sonia-sueño, no es Irene, en presente, fracaso, no es la apatía de sus pinceles, no es su odio a un mundo social de regateos y medias verdades, es su gota de mercurio fluyente, la conciencia que no cesa de reprochar, de acusarle. Pablo es su más severo crítico artístico: ético, moral... Y, para sí mismo, no tiene indulgencia, no puede saber de caridades. Cualquiera celestinaje, para justificarse, le habría salvado. Y ante esta conclusión que, sin exponerla, implícitamente, nos brinda el autor, la locura progresiva de Pablo queda tocada de un ansia de perfección, que la redime de todo lo desagradable que pudiese tener a los ojos del lector.

Y el último capítulo, perdón, las últimas páginas.—la obra consta de un solo capítulo— si bien en ellas asoma el grito desgarrado de las tragedias máximas, hay tres flores de bien para suavizarlo, para salvarlas: «Eres tú, mi Pablo?» (la voz de Sonia, la luz), el pintor llora, y una lágrima, en su dedo índice refleja, en su brillo, la imagen buscada de Dios.

Por unos segundos, la conciencia está de nuevo en su eje; la gota de mercurio, en su lugar. Sólo por unos segundos. Sin posible samaritano—la voz de Sonia llegó de lejos, muy lejos, a través del teléfono—. Pablo se hunde en los abismos de la locura y muere en ella y por ella.

L. d'Andraitx

### Correrilla Semanal

#### PRO AMBULANCIA

Con que rapidez aumenta  
la lista de los donantes  
para que tenga ambulancia  
la Cruz Roja cuanto antes.  
Con que generosidad  
desde el patrón al obrero,  
desde el más pobre al más rico,  
van consiguiendo el gran pico  
que cuesta su noble ambición.  
¡Viva, pues, la suscripción!

#### MORALEJA

Con voluntad fervorosa  
se consigue cualquier cosa.

